

## **Borges y la crítica literaria de izquierda**

José Luis Gonzalo Basualdo

IES en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”

gonzalobasualdo@yahoo.com.ar

### **Resumen**

La centralidad de la obra de Jorge Luis Borges a partir de la década del setenta permite ver de qué manera el instrumental de la teoría literaria del siglo XX operó sobre la lectura de la obra del autor de *Ficciones*. El análisis sobre la crítica literaria argentina, y sobre la obra de Borges en particular, que Nicolás Rosa realiza en el número 26 de la revista *Los Libros* permite observar el cruce entre el instrumental suministrado por el estructuralismo y las necesidades políticas que emergen en el contexto de las décadas del sesenta y el setenta. La oposición a las operaciones críticas por parte de la izquierda nacional y una lectura realizada desde el instrumental suministrado por la teoría literaria moderna son la clave para entender el lugar que ocupó la escritura de Borges posteriormente en *Punto de Vista*, una de las publicaciones periódicas culturales más influyentes de los últimos treinta años, y en la crítica académica en general. La importancia de este artículo radica en que es el único que se encarga, aunque de manera tangencial, de la obra del autor de *El aleph*, en una publicación que instauró un nuevo canon literario.

### **Abstract**

The central role of the work of Jorge Luis Borges since the 70's, lets us see how subscribing literature theory has operated over the way of reading the author of *Ficciones*. The analysis made by Nicolas Rosa in *Los Libros* review number 26, over Argentinean literary criticism and especially what it has been said about the work of Borges, allows observing a crossing between the uses of subscribing material by the structuralism, and requirements of politics coming up from the context of 60's and 70's. The opposition from left to criticism and an interpretation from modern theory of literature are the key to understand the place of the work of Borges in *Punto de Vista*, one of the most influential cultural publications of the last thirty years, as well as in academic criticism. The importance of Nicolas Rosas's article focuses on the fact that even though it is not complete, it was the only one that takes up the work of the author of *El Aleph* in a publication that represented the beginning of a new literary canon.

Ya sabemos que la colocación central de Jorge Luis Borges en el sistema literario argentino no ha sido siempre la misma. Desde la aparición de comentarios elogiosos en la revista *Sur*, hasta nuestros días, pasando por el libro de Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges* (1957), el libro de Adolfo Prieto, *Borges y la nueva generación* (1954), y las traducciones de su obra al francés, alemán e inglés –entre las décadas del cincuenta y del sesenta–, el lugar de Borges ha sido un lugar de discusión en el campo de la crítica literaria argentina.

La revista *Contorno*, con su preocupación por el realismo y la novelística, puso en el centro de atención de sus operaciones de lectura la relación entre política y literatura.

Dichas operaciones condujeron a la desaparición de la obra de Borges dentro del campo de la nueva crítica literaria que apareció en esos años –y que puede ser incluida en el campo de la izquierda cultural–; o, por lo menos, la emergencia de una lectura sesgada y poco enriquecedora. En dicho campo, la crítica a la obra de Borges exhaló un aire sociologista que de alguna manera simplificó y vulgarizó la lectura de su obra.

Dicho esto, podemos pasar a considerar cómo fue recibida la literatura de Borges en una de las revistas que mejor representaron el cruce entre política y literatura. Si bien los críticos que emergieron de la experiencia contornista ya habían realizado una serie de operaciones que, como dijimos, permitían relacionar la serie política con la literaria, es en *Los Libros* donde esa operación se complejizó, no solo porque el nuevo instrumental crítico así lo requería (estructuralismo, psicoanálisis, semiótica, marxismo, etc.), sino también porque esa relación, conflictiva para la nueva crítica de izquierda en el marco político y cultural de la época, no apareció tematizada en artículos que discutieran explícitamente la interrelación política-literatura –en el sentido de relacionar el contenido de la obra con la biografía del escritor, sus posicionamientos políticos y sus intervenciones públicas–, sino, por el contrario, en la discusión en el interior de los textos mismos.<sup>1</sup>

Fundada por Héctor Schmucler e inspirada en la *Quinzaine littéraire*, *Los Libros*<sup>2</sup> es un ejemplo de la búsqueda de un nuevo canon literario en Argentina, aunque jamás explicitado. Esta publicación introdujo las novedades intelectuales europeas, entre ellas, el estructuralismo (tanto en lingüística como en antropología), el psicoanálisis lacaniano, el marxismo de Althusser, etc.; pero, ante todo, fue la primera publicación que se interesó por las nuevas formas narrativas alejadas del realismo. Narradores como Osvaldo Lamborghini, Luis Gusmán y Juan José Saer son quienes mejor sintetizaron ese afán por un nuevo canon en la revista.

En este contexto disciplinario y de emergencia de narradores que cuestionaron los procedimientos del realismo, es necesario analizar las causas de la casi nula mención a la obra de Borges, obra que justamente se encuentra en las antípodas de dicha poética. En primer lugar, se podría pensar que hay una necesidad de construir un nuevo panteón de escritores, como los que representan los ya mencionados. En segundo lugar, la revista se aboca a las publicaciones contemporáneas –salvo algunas excepciones (Piglia sobre Arlt; Sarlo, en 1971, sobre tres novelas, la última de ellas, aparecida en 1967; García sobre Gombrowicz). Por otro lado, hay una marcada tendencia, no solo en la publicación, sino en el campo literario argentino de esos años, a la supremacía de la novelística por sobre otras formas narrativas, como afirma en su tesis doctoral *Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)* José Luis De Diego (2001: 60) a partir de la contrucción canónica que se realiza desde Centro Editor de América Latina a fines de los sesenta con la colección de libros y fascículos *Capítulo. Historia de la literatura argentina* (2001: 58). En la crítica de Piglia a *El juguete rabioso* y en la inclusión de la crítica a tres novelas publicadas durante los años sesenta, realizada por Sarlo en el número 25 de la publicación, puede leerse esta tendencia y comprender la

<sup>1</sup> “La relación crítica-política es, en *Los Libros*, un problema que sólo se resuelve en el discurso crítico y esta es, a mi juicio, una de las novedades fuertes que la revista exhibe (...)¿cómo leer lo político allí donde no está presente la política -los vacíos, las ausencias, los silencios-?. Así, el remanido cruce entre vanguardia política y vanguardia estética no adopta en *Los Libros* la forma del debate ideológico -como aparecía en *Nuevos Aires*-, sino la de un problema que debe resolverse en el interior del discurso crítico: de qué texto se habla, y qué se dice de él” (De Diego, 2001: 76).

<sup>2</sup> La revista produjo 44 números entre julio de 1969 y enero de 1976, con dos etapas diferentes a partir del número 29 (De Diego, 2001: 72).

inclusión de Arlt, Sábato, Cortázar y Viñas, y obviamente la exclusión de Borges. A su vez, esta tendencia a la supremacía de la novela ya está inscrita en las operaciones que había realizado *Contorno*: la publicación de los hermanos Viñas veía en este género una capacidad develadora y totalizante, fruto de la impronta de Sartre y de Luckacs. En cuarto lugar, Borges es un objeto aún difícil de incluir en una crítica que trata de romper el molde “tradicional”, tanto de la derecha, que lo ve como un escritor de relatos fantásticos, como desde la izquierda, que trata de leer a su obra como una evasión de la realidad, de su referente “real”.

Desde estas consideraciones, podemos pensar el único artículo que, escrito por Nicolás Rosa, emprende la tarea de aproximarse, casi de manera elíptica, a la obra de Borges. El artículo en cuestión sale publicado en el número 26 de mayo de 1972 con el título “Borges y la crítica”. Por otro lado, otras de las menciones a Borges aparece en el número 10 de agosto de 1970, cuando se publica un adelanto de su último libro, *El informe de Brodie*, próximo a aparecer, que no será reseñado en ningún número de la publicación. Este dato tangible permite sostener la última de las hipótesis enunciadas anteriormente.

El artículo de Nicolás Rosa se presenta como todos los que publica *Los Libros*: un comentario crítico más o menos extenso sobre un libro de reciente aparición, en este caso *Jorge Luis Borges o el juego trascendente*, de Blas Matamoro. Rosa divide su exposición en cuatro partes. En la primera, hace una breve mención a las tres posturas críticas sobre Borges que identifica a lo largo de la irrupción de este en la escena literaria argentina: por un lado, la línea de “derecha” recortada en “textos apologeticos de los amigos” (Rosa, 1972: 19) en la que incluye a Alicia Jurado y Ulises Petit de Murat; por otro lado, la crítica de la “izquierda ortodoxa”, “definida por los escoliastas del desarraigo borgiano” (1972: 19); y por último, la “izquierda nacional”, principalmente, los aportes del grupo *Contorno*. En la segunda parte se detiene en el análisis del artículo “Estructura y Significación en *Ficciones* de Jorge Luis Borges” de Noé Jitrik –aparecido en el libro del mismo crítico, *El fuego de la especie*–, colocándolo en un cruce entre la línea de *oposición ideológica* –a la que pertenecen las producciones críticas de la izquierda nacional– y algunas “nuevas posibilidades, puesto que ha incorporado nuevos elementos” de análisis (Rosa 1972: 19). Las apreciaciones críticas sobre el libro *Jorge Luis Borges o el juego trascendente* de Blas Matamoro –que interviene desde la izquierda nacional– recorta la tercera parte del artículo de Rosa. La cuarta parte, aunque menos extensa, propone un encuentro con algunas operaciones sobre la obra de Borges en las que se encontrarán –creemos– uno de los núcleos fundamentales con los que la crítica literaria argentina leerá a Borges durante los siguientes años; nos referimos a las lecturas producidas por Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, entre otros.

La primera apreciación sobre el libro de Matamoro le permite a Rosa ampliar su postura crítica hacia gran parte del entramado de la izquierda argentina:

(El libro de Matamoro) replantea el problema de la crítica frente a la obra borgiana. Este problema se refracta más sobre la crítica misma que sobre la obra: la imposibilidad de la crítica autotitulada de izquierda para describir el funcionamiento de una obra que aparece como "extraña" a nuestra historia cultural, la realidad de sus posibles significados y la posibilidad de ubicarla dentro de sus verdaderos parámetros. (Rosa 1972: 19).

Aquí, Rosa se detiene en el núcleo central del artículo, ya que para él el problema no está en Borges, en sus relatos, poemas y ensayos, sino en cuáles son los instrumentos

que ha utilizado la crítica para “descifrar” el enigma Borges: o ha visto la posibilidad del elogio amistoso, la admiración apologetica; o ha optado por afirmar que la obra de Borges corresponde al campo del relato fantástico –lo que es decir nada–; o bien ha adoptado instrumentos sociológicos e históricos pero se ha olvidado de la “materia prima” con la que trabaja el autor, desplazando “el conocimiento de la obra, es decir de la práctica de la escritura como una práctica social específica, hacia el nivel de otras prácticas” (1972: 19). De esta forma, la crítica de izquierda abandona el campo específico de la actividad literaria y se pierde en una paradoja metodológica: establece una crítica ética en lo político y una “epistemología de derecha, es decir una concepción ontológica y representativa de la literatura” (1972: 19).<sup>3</sup>

Ya sea para una crítica instalada en la “derecha” o en la “izquierda” política e ideológica, la obra de Borges se presenta como una literatura de evasión con respecto a la realidad a secas.<sup>4</sup> Como ya vimos, esta consideración parte de la constatación de que toda la crítica no ha podido dejar de lado un principio de falla metodológico cuya base es el sostenimiento de que la literatura es un “reflejo” –podríamos decir simplificando– de la realidad; y dicho presupuesto no solo atañe al análisis de la obra de Borges, sino a todas las operaciones de cierta crítica que ve a la literatura como una instancia homologable a la social o económica, por un lado, o como una manifestación del espíritu, según se observe el fenómeno desde la “izquierda” o la “derecha”, respectivamente.<sup>5</sup>

Para matizar de alguna manera la crítica a las posturas de la “izquierda nacional”, Rosa usa la segunda parte del artículo, tal como lo hemos diseccionado, para analizar “Estructura y Significación en *Ficciones* de Jorge Luis Borges” de Noé Jitrik. En este análisis, Rosa encuentra algunos aspectos positivos para el examen de la obra del autor de *Ficciones*. En primer lugar, la crítica de Jitrik se deslinda del enfoque temático que ha llevado adelante, entre otros Barrenechea, para dirigirse al análisis de los “significantes”: “Jitrik trata de librarse de lo que hemos llamado ‘el entregarse al revés de los símbolos’, actitud que asumieron todos los críticos de Borges en el país, ya sea para valorarlo positiva o negativamente” (1972: 19). Pero dirigir la tarea crítica hacia el significante no sugiere deslindar *estructura* de *significación*: “desde el vamos Jitrik pone en claro un principio básico: hablar de estructura no significa desdeñar la significación, todo lo contrario, ésta se impone en el momento mismo de su puesta en escena”. El segundo aspecto positivo se desprende de la consideración anterior: “[Jitrik] pretende) detectar las significaciones que se desprenden del orden de los significantes e intenta integrarlas dentro de una diacronía específica: la historia de la literatura argentina”.

<sup>3</sup> Esta falla metodológica, para Rosa, ocurre a causa del modelo de homologación propio de la sociología de la literatura que practican los críticos argentinos como Prieto y David Viñas, por la influencia de Lucien Goldman.

<sup>4</sup> “Barrenechea, Viñas y Matamoro sostienen que la obra de Borges es una literatura de evasión con respecto a la realidad a secas. Ana María Barrenechea habla de irrealización; desacreditar el mundo, dice Viñas; elisión dice Matamoro. Esta conceptualización oculta, en primer lugar, un prejuicio positivista: el principio de la verificación realista. Se considera que la literatura desrealiza con respecto al mundo, que es lo real, utilizando dos niveles de órdenes diversos en la comparación. Aquí tenemos un principio de unitarismo que es también un índice ideológico. En segundo lugar, sostener que la literatura fantástica es irrealista basándose en el mismo principio” (Rosa 1972: 19).

<sup>5</sup> Es esta clara oposición a toda concepción ontológica sobre la literatura, que se lee en las intervenciones críticas de *Los Libros*, la que permite inscribir este artículo de Rosa dentro de un proyecto más general, donde la obra de Borges pueda ser analizada fuera de toda concepción ingenua y homologable.

Pero el hecho criticable para Rosa de la intervención de Jitrik es la imposibilidad de este para deslindarse de una actitud crítica que privilegia el análisis de los procedimientos de forma acumulable y aislada, sin poder sobrepasar los límites de la estilística: “Jitrik retoma pasivamente la tradición crítica sobre la ficción borgiana ubicándola como literatura fantástica” (1972: 20). Y más adelante afirma: “Jitrik describe con precisión los rasgos pertinentes del relato fantástico que aparecen en la textualidad borgiana (un nivel de lectura que esta misma textualidad impone) pero no alcanza a producir una operación sintética de sentido”. Este hecho es el que Rosa lee como la imposibilidad, no solo de Jitrik, sino de toda la crítica argentina, para ligar el “significante social” y “el significante literario”, que es, “en última instancia, la *ligazón del sentido*” (1972: 20).

Para Rosa –y este es el punto central de su crítica, más allá de los aspectos positivos antes nombrados–, no hay, solamente, una mera acumulación de procedimientos fantásticos, como parece concluir el análisis de Jitrik (esto formaría parte de un nivel de análisis), ya que si dentro de los “posibles narrativos” Borges se niega a aceptar la determinación de algunos de esos posibles, “condición necesaria para que el relato se produzca”, y se inclina por una manera de la narración que produce la imprevisibilidad típica del relato fantástico, pero al mismo tiempo la niega, el crítico “debería haber llevado a concluir lo que en realidad el texto borgiano propone: su propia realización como *contraproducción fantástica*. Este hecho constituye, como muy bien dice Jitrik, un drama: nosotros agregaríamos el *drama de la escritura*” (1972: 20). Podríamos concluir que para Rosa, la perspectiva de Jitrik es, a nivel descriptivo, positiva, aunque no logra apreciar lo que esta “detrás” de la operación borgiana.

La primera crítica que asesta Rosa al libro de Blas Matamoro, *Jorge Luis Borges o el juego trascendente*, es sobre el uso que se hace de Freud, intentando transpolar los conceptos creados por el iniciador del psicoanálisis a la obra de Borges:

Hay una utilización ideológica de la cientificidad freudiana hecha a mansalva cuya forma más extrema es la utilización ética de los descubrimientos de Freud que, aplicados a Borges, aparecen como estigmas. El Edipo o el complejo de castración “prueban” que Borges es un castrado, un mutilado, pero no vemos en ningún momento cómo aparece esa castración en la escritura borgiana (1972: 21)

Y más adelante agrega: “Convertir el Edipo en una mera figura de interpretación se concilia ventajosamente con una concepción teológica de la creación: el autor padre de sus obras” (Rosa 1972: 21). Habría una instancia en donde el autor, en la soledad absoluta, crearía un producto totalmente original, lo que nos lleva a pensar que la lectura de Matamoro no se desliga de una concepción romántica sobre la obra. Esta certeza sobre el carácter original de la obra no permitiría que salieran a luz las condiciones de producción de la misma.<sup>6</sup>

La interrelación entre vida y obra deja de lado, para Rosa, la posibilidad de analizar la producción textual; deja de lado el hecho literario como hecho “real”, concreto; de esta manera, se identifica la literatura de Borges –en donde no habría referentes del mundo real– con una lectura de “evasión”, conclusión típica de cierta lectura de izquierda sobre la obra del autor de *Ficciones*, que “Elide la literatura como referente esencial, elide la textualidad borgiana que es el único real concreto en el cual puede apoyarse y elide, por

<sup>6</sup> La operación de Matamoro en relación con su lectura de Freud impone una lectura en la que se identifica el sujeto real (autor) con el enunciado (obra). Esta reflexión produce una filiación vida-obra, que estaría lejos de las operaciones propuestas por Freud: “La directa y automática analogía vida-obra se funda en una relación biográfica ajena a la estética freudiana” (Rosa 1972: 21).

supuesto, todo posible método” (1972: 21). Por esta razón, Rosa puede afirmar que la crítica de Matamoro es reaccionaria y conservadora, ya que al suprimir los problemas concretos de la escritura (la textualidad borgiana como un cruce entre un “horizonte social” provisto por la lengua, un estilo y una serie de elecciones –la escritura como función–) no le queda más que clasificar a la literatura entre “grandes” y “pequeñas”, y no entre trabajos de escritura más significantes que otros.

En definitiva, los usos de Freud son inconsistentes para el análisis que pretende Matamoro: no logra superar las lecturas contenidistas sobre la obra de Borges; una lectura que propone un salto –sin mediación posible a través de la escritura (función ausente en la estrategia de Matamoro)– de la obra borgiana a la psiquis del autor.<sup>7</sup> Todas las consideraciones enunciadas anteriormente le permiten concluir a Rosa que el libro de Matamoro es doblemente negativo, tanto para la crítica borgiana, como para la crítica argentina en general.

Planteados los posicionamientos críticos alrededor de la obra de Borges, la última parte del artículo permite ver, de forma más detenida y clara, cuál debería ser la forma de acercamiento a esta obra. Para Rosa, la centralidad de esta radica en que permite apropiarse al crítico de las condiciones de producción textual, y que dicha obra representa el punto más alto del sistema burgués, mostrando la forma de producción específica de un momento determinado de la historia:

Para los críticos argentinos es una obra clave y en clave, pues en ella se potencian como en ninguna otra los signos fundamentales de la Cultura y sus contradicciones. Y si la intención es mostrar el enlace de una obra con el régimen de producción capitalista y el sistema de la dependencia, hay que recordar que la obra de Borges no expresa ni representa estos sistemas: es un producto regulado por el sistema (1972: 21).

Desde estas coordenadas, el estudio de la obra de Borges debe hacerse atento a que el autor no expresa discursivamente un sentido unívoco –que sería el planteo de una crítica que piensa en la uniformidad de la escritura– sino que, por el contrario, trabaja con diferentes códigos, lo que le da a su obra –y por extensión, a toda escritura– un carácter plural; además, lo único que la obra representa es su propia escritura: la escritura es un espacio en el que el discurso inscribe diferentes prácticas discursivas:

Dicho de otra manera, el discurso es el centro espacial y temporal generador de la intersección de numerosos códigos y de ideologías plurales o subordinadas. Entender que el texto borgiano como producto de ese discurso es una obra creada por un autor a la que le ha otorgado un sentido unívoco, es practicar la más reaccionaria, arcaica e infantil de las críticas (1972: 21).

Siguiendo con lo que afirmáramos un poco antes, no hay posibilidad de encontrar en la obra de Borges –en particular– ni en ninguna obra literaria, un sentido de representación; mejor dicho, la crítica no debe buscar qué representa una obra literaria, sino cuáles son las condiciones de producción de dicha obra; por lo tanto, esta debe verse como una representación de sí misma, ya que debe ser considerada como un producto. En todo caso, como sucede con cualquier análisis productivo, no se señala qué representa, sino más bien cuál es su relación con el sistema general, y cómo las

---

<sup>7</sup> “Esta degradación aparece en todos los niveles, pero el procedimiento más evidente es la reducción: la reducción de las teorías freudianas a una simple exploración del comportamiento psíquico, la reducción del texto borgiano a una simple suma de contenidos” (Rosa 1972: 20).

condiciones de producción de este aparecen en el producto; no qué representa, sino cómo representa:

El signo deja de representar y expresar para significar por sí mismo: es decir para poner en evidencia el trabajo, de la escritura. (...) En esta problemática, un texto no mantiene ya relaciones de manifestación o reflejo sino que es posible leerlo como una producción social como un lenguaje particular en donde no habla un sujeto individual sino la combinatoria de un sujeto que se enuncia en las leyes de un sistema. (1972: 21).

A manera de conclusión podemos afirmar que si bien *Los Libros* no se ha dedicado a la obra de Borges –salvo esta excepción un tanto elíptica, ya que su fundamento es discutir con cierto análisis crítico– no quiere decir que los instrumentos teóricos usados para analizar el resto de la producción literaria no puedan ser aplicados al análisis de este; además, este artículo permite admitir la relación de continuidad entre el proyecto de esta publicación y *Punto de Vista* (no solo por la continuidad de algunos de sus integrantes: Rosa, Piglia, Sarlo, Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio). Para tomar un ejemplo: el primer artículo que trata sobre la problemática de la escritura borgiana en la revista dirigida por Sarlo es “Ideología y ficción en Borges” de Ricardo Piglia. En este artículo, Piglia plantea que los materiales de la ficción familiar que Borges recrea forman parte de una interpretación de la cultura argentina y no de una posible lectura autobiográfica (ecos de la crítica de Rosa a Matamoro). Además, esa ficción familiar plantea un “mito de origen”: “mito sobre el origen de la escritura, esto es, reflexión sobre las propiedades que la han hecho posible” (2004: 37). Esta apreciación de Piglia es, posiblemente, una marca de aquel pedido de Rosa con respecto a la crítica: analizar las condiciones de producción de la obra, es decir, la relación entre formas discursivas y el sistema literario en el que se insertan dichas opciones. Es tarea futura desarrollar un estudio sobre las condiciones de posibilidad de este entramado crítico y sus continuidades.

## Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *El otro duelo*. En *Los Libros*, N° 10, pp. 18-19. Buenos Aires, 1970.

De Diego, José Luis. *Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en línea (2001): <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.150/te.150.pdf>.

Rosa, Nicolás. Borges y la crítica. En *Los Libros*, N° 26, pp. 19-21. Buenos Aires, 1972.

Piglia, Ricardo. “Ideología y ficción en Borges”. En: AA.VV. *Ficciones argentinas*. Buenos Aires: Norma, 2004.